

nes á la humanidad; de que los indios no eran manadas de mansos corderos, sino fieros leones, y aún tigres salvajes, que recibieron muchas veces con mortal hostilidad á los Españoles, aún á los simples exploradores, y provocaron sangrientas represalias; de que el estado general de las relaciones entre unos y otros fué, sobre todo al principio, esencialmente belicoso, y en tal situación es bien sabido que las pasiones se exaltan, y los hombres no suelen tomar á la fría razón por consejera de sus actos; y, por fin, que los actos brutales fueron aislados, transitorios y de poca monta en relación á la magnitud de la empresa y á los incalculables beneficios reportados por los Indios y por la humanidad, es lo cierto que los monarcas españoles miraron siempre por los Indios con la misma solicitud que un padre cariñoso por sus hijos, como lo prueban la nobilísima instrucción que Felipe II dió á D. Pedro de la Gasca, y más que todo, nuestra *Legislación de Indias*, de la cual dice el historiador Romey que es «el Código más sabio, humano é insigne que se vió jamás en el Orbe;» que los Prelados y los misioneros, los verdaderos civilizadores, los amaron entrañablemente, y los protegieron con eficaz decisión contra todas las injusticias; y finalmente, que si el valor de toda obra debe medirse por el bien que produce, nuestra empresa civilizadora lo tiene tan subido, que gloria impedida será para nuestra raza, que con ella se

acreditó por siempre de maestra y directora de la humanidad, y vergüenza eterna para los que, no habiendo podido ni sabido imitarnos, se entretienen en manchar nuestra honra nacional con la inmundicia de la calumnia.

d). LUCHA CON EL PROTESTANTISMO

XIX

Carácter de la contienda

MAS si grande y noble y meritoria por todo extremo fué la misión realizada por España en los Mundos descubiertos por Colón y Magallanes, no lo fué menos la que llevó á cabo en el Centro y Oriente de Europa. Por este último lado, aniquilamos para siempre el temido poder turco: en las aguas de Lepanto humillamos de tal modo la arrogancia de la Media Luna, que desde entonces, fuera de algunos fugaces destellos, de los cuales tuvo la culpa el Protestantismo, no ha vuelto á brillar más, y está á punto de eclipsarse por completo, cuando los leones hayan podido realizar el milagro de ponerse de acuerdo para repartirse sus despojos, *cuando Dios y el Czar de todas las Rusias quieran*. Cisneros planta la Cruz en Orán, esa Cruz que está ansiosa de iluminar al Africa, á pesar de la miserable oposición de los modernos *civilizadores*, que sólo se despeitan por averiguar cuáles de sus regiones son más ricas para echarles cuanto antes la garra.

Pero la tremenda batalla, la que, junto con la colonización de América, llegó á consumir todos

nuestros recursos nacionales, aunque sin poder aniquilar sus fuentes, porque, como decía Felipe, el árbol quedaba en pie, dispuesto siempre á conceder nuevas ofrendas, fué la que sostuvo España contra la soberbia de Lutero y sus secuaces. Jamás nación alguna ha sostenido, ni pensado sostener siquiera, empresa tan colosal, teniendo conciencia, como la teníamos nosotros, de la inmensidad de los obstáculos, de lo terrible de las adversidades y del incalculable valor de los sacrificios. Sobre sus hombros de gigante pudo resistir la Patria todo el peso de una lucha, en la que puede decirse que tomó parte el mismo infierno, hasta gastar el último cartucho, sin que ni transitoriamente invadiera á su alma el desaliento, ni demostrasen debilidad sus fuerzas, que cien nuevos hijos, criados á sus pechos, se esforzaban simultáneamente en consumir. Aquel *demonio del Mediodía*, como los verdaderos demonios del Norte llamaban al gran Felipe, columna indestructible de la verdad, paladín invencible de la Iglesia, el monarca más identificado con el carácter y sentimientos de su pueblo que haya existido jamás en el mundo, la voluntad más firme y decidida para llevar á cabo sus propósitos, el hombre de corazón de fuego, al que exteriormente no pudieron, sin embargo, exaltar las más grandes adversidades de la vida ni sus más codiciados alicientes, aquel verdadero Rey de España, en fin, aceptó con sin igual resolución la

lucha en el terreno que eligieron sus tremendos adversarios; y sin que sus armas se mancharan jamás con crimen alguno, en un tiempo en que el crimen era el medio más expedito para llegar al término anhelado, y en que la infame doctrina de que *el fin justifica los medios* se erigió en sistema, sin desmayar un solo instante, acosó al enemigo hasta en sus más ásperas guaridas, y lo hirió de muerte en mitad del corazón. Tuvo el privilegio de engrandecerlo todo á su contacto: parecía que su aliento de gigante, que no era otro que el aliento de su pueblo, palpitaba en el fondo del alma de todos los hombres que escogió, con raro acierto, para que sirvieran de instrumento á su obra. El Protestantismo, padre de todos los errores modernos, que con lógica infernal fluyen de su seno, incluso ese maldito *liberalismo*, la traba más insidiosa y feroz que haya encontrado la verdad en su camino, no era ni más ni menos que la negación del principio de autoridad, la rebelión de las pasiones humanas más bajas y corrompidas contra el suave yugo de la ley de Dios, que se hace insoportable á los malvados; no fué en resumen otra cosa que la continuación de la obra de Lucifer, que tantos sucesores ha tenido y tendrá hasta la consumación de los siglos. Fué una deshecha tormenta, donde se dieron cita todas las iras diabólicas, como en el templo de Apolo se reunieron todas las terribles Euménides para acabar con el des-

graciado Orestes. Alimentados por su odio satánico, pensaron los hombres por un momento destruir la incommovible roca de San Pedro, sin acordarse de que está escrito, y afirmado por quien descifra los arcanos del porvenir, por quien hace desaparecer todos los misterios de la vida en el fondo de su infinita inteligencia, que las puertas del infierno no prevalecerán jamás contra ella. A sus furores sin cuento, opuso sencillamente la Iglesia las armas de la verdad, que adquirieron temple diamantino manejadas por una serie nunca vista de gigantes Pontífices, por la invencible humildad de las Ordenes religiosas, entre las cuales descuella, como lucero resplandeciente, la Compañía de Jesús, «antípoda del Protestantismo» (Moeller), y producto del genio español, asistido de la divina gracia; por la heroica virtud de una fila interminable de admirables santos; por la fecundidad de sus innumerales doctores; por la portentosa ciencia de tantos y tan insignes sabios, como en ella bebieron su inspiración y su doctrina; por la unidad inquebrantable de sus dogmas, que tanto contrastaban con la monstruosa algarabía protestante; y por el apoyo entusiasta y poderosísimo que le prestó la fe de España y el esfuerzo indomable de sus hijos.

XX

Su grandeza y resultados

CERCA de siglo y medio duró aquella horrosa tormenta: todas las naciones de Europa lanzáronse á medir sus armas en aquel palenque asombroso contra España y el Imperio, sobre todo contra nosotros, que les opusimos una barrera tan indestructible, que ni entonces ni posteriormente, á pesar de que no existe ya aquel brazo poderoso que hacía estremecer de espanto á tan terribles enemigos, han podido franquear. Al dejar las armas, rendidos de fatiga y cubiertos de heridas seculares, ambos campeones quedaron en sus reductos, pero contenida la tremenda inundación. «Si se ha visto, dice Macaulay, «desde aquel entonces, á los pueblos católicos ir «de la fe á la impiedad y de la impiedad á la fe, «ni uno solo se ha hecho protestante.» En aquella lucha gigantesca, en la que uno y otro bando puso en los respectivos platillos de la balanza todo su poder, jugándose mutuamente, no sólo los recursos del presente, sino hasta las esperanzas del porvenir, la Iglesia y España fueron sin duda alguna vencedoras. Hízose por todo extremo memorable y temido el nombre de nuestra patria, aún después de horriblos desastres,

como el de la *Invencible*, que Felipe no mandó á luchar contra los elementos. «Todavía, dice el »notabilísimo historiador citado, atendían los »hombres de Estado ingleses, y vigilaban con »atención preferente y visible ansiedad el poder »marítimo de Felipe II.» Y jamás olvidarán los pueblos protestantes los nombres, aún más temidos, del Duque de Alba, Juan de Austria, Alejandro Farnesio, los de Pescara, Spínola, Requesens, los del Cardenal Infante y Fernández de Córdoba, los de los Vireyes del Nuevo Mundo, ni los de Muhlberg, Nordlinga, Harlem, Moock, Gembloux, Amberes, Maestricht, y otros cien. Jamás se agotó nuestra energía, y aun en medio de nuestros desastres y de nuestra decadencia, tenía aliento Felipe IV para escribir al de Espínola aquel célebre mandato: *Marquès de Espínola, tomad á Breda*. Ciertamente cometimos errores, cierto que en muchos puntos merecen nuestros padres durísimas censuras, pero la crítica imparcial, por severa que sea, no puede menos de elogiar su conducta y tratarlos, al menos, con respeto, no sólo, como dice el Sr. Cánovas del Castillo en sus notabilísimos *Estudios del reinado de Felipe IV*, «por el valor y constancia »con que, ya que no impidieron, supieron dilatar por largos años la decadencia efectiva y visible de su patria en el mundo, pagando con su »sangre generosa, así las faltas políticas de su »edad, como las que se cometieron en los días de

»sus abuelos y padres;» sino también, y sobre todo, por el nobilísimo fin que se propusieron en aquella gigantesca lucha, por el magnánimo desinterés de sus portentosos sacrificios y por el inapreciable valor de los bienes obtenidos y de los que esperamos obtener todavía, merced á la resurrección de las naciones protestantes á la Fe Católica.

Mas si es verdad que la guerra contra el Protestantismo agotó nuestros recursos naturales y los ingresos de Indias, España salió, con todo, mejor librada que ninguna otra nación; pues Alemania, que nos debió la existencia, vió invadidas por lobos carnívoros ciudades y pueblos, antes florecientes y opulentos, reducida á la mitad su población, y cubiertas de bosques y matorrales comarcas feracísimas; Francia, que siempre estuvo de parte de la herejía, fué materialmente desollada por ocho guerras religiosas, que la pusieron al borde de su ruina; Inglaterra tuvo que sufrir la tiranía de Enrique, Isabel y los Estuardos, la más feroz de todas, la *puritana*, que llevó á uno de sus reyes al cadalso, el pauperismo más degradante, y una interminable Babilonia religiosa, que ha producido esa espantosa descomposición moral, llaga ulcerosa, aunque velada, que corroe sus entrañas; y los Estados del Norte perdieron bien pronto la importancia que les diera el genio de Gustavo Adolfo y la paz de Westfalia.

En cambio, á nosotros bastó un momento de reposo para encumbrarnos con Felipe V á incommensurable altura, y pudimos conquistar reinos perdidos; humillamos la soberbia de Napoleón, cuando todo el mundo nos creía muertos; y sobre todo, no sólo contuvimos á la bestia protestante en sus guaridas, sino que merced en gran parte á nuestros esfuerzos y sacrificios, asistimos hoy día á su último suspiro, y podemos regocijarnos al ver cómo Alemania, Inglaterra y Holanda, las más tenaces sostenedoras de la herejía luterana, vuelven sus ojos á la verdadera fe de Jesucristo, mientras los pueblos católicos «ni uno solo se ha hecho protestante.»

XXI

Resumen y conclusión

POCAS palabras para concluir: hemos demostrado que el sentimiento religioso es el alma de nuestras glorias y el atributo capitalísimo de nuestra raza. Todos los pueblos tienen una misión que cumplir; la del nuestro es bien patente. La cruz del Redentor, en armoniosa unidad con el león castellano y las barras catalanas, ha recorrido todos los ámbitos del Orbe en manos españolas. Somos el pueblo católico por excelencia; no en vano recibimos de quien podía darle tan soberano título. Tratar de borrar de nuestro corazón la fe religiosa, es tratar de aniquilar á España. Así la hizo Dios, así fué, así ha de ser, si quiere conservar su derecho de primogenitura, su naturaleza propia y peculiar, su modo de ser característico. «Todas nuestras hazañas son católicas, y el genio de la gloria que animó á nuestros insignes capitanes é inspiró á nuestros artistas y poetas en sus creaciones más gallardas, lleva en su mano, para mostrarles el áspero camino de la inmortalidad, la clara antorcha de la fe.» (Pidal y Mon: *Discursos y artículos literarios*).

Desgraciadamente horrorosa tormenta ha desencadenado el infierno sobre el pueblo constituido por aquellos Celtas, denodados defensores de su sagrada libertad é independencia; por aquellos Iberos, que inmortalizaron su nombre por los siglos de los siglos con las sublimes tragedias de Numancia y Estepa; por aquellos Celtíberos, que cubrieron de deshonra las águilas romanas ante las murallas de Numancia: sobre el pueblo que domeñó la barbarie germánica, y merced á su constancia inquebrantable, hizo que la augusta religión de Cristo escalara las gradas del trono en el Concilio III de Toledo; sobre el pueblo que, lejos de someter la robusta cerviz al yugo sarraceno, alzóse, cual león herido en mitad de sus entrañas, en las fragosidades del Auseba y en las escarpadas vertientes de los Pirineos, para arrojar de este suelo sagrado, que sustenta tanta gloria y heroísmo, la inmunda escoria musulmana, que en hora aciaga lanzaron sobre él los desiertos africanos, y constituir, después de realizar la epopeya más gloriosa que vieron los siglos, la nobilísima familia española, única en la Historia; sobre el pueblo que surcó los mares ignorados, á las órdenes del primer Almirante del Océano, para plantar la cruz del Nazareno en el corazón de los yetustos imperios de los Incas y Aztecas, reivindicar los sacratísimos derechos de la dignidad humana para infinidad de pueblos infelices, que vivían su-

mergidos en las tinieblas del error y de la esclavitud, y constituir con el depósito sagrado de su sangre generosa y con el aliento sublime de su alma, de razas envilecidas, naciones soberanas; sobre el pueblo que en alas de su inquebrantable sentimiento dió un golpe mortal á la soberbia protestante, acosándola, como á bestia salvaje y maldita, hasta en sus más áridas trincheras; sobre el pueblo que no ha muchos años corría ebrio de entusiasmo á cobijarse bajo el estandarte salvador, que pregonaba nueva *guerra santa*, para salvar, al menos de inminente ruína, el alcázar venerando de nuestras glorias inmortales y de nuestras libertades patrias, que la piqueta revolucionaria trató de demoler.

Sí, de nuestras libertades patrias, que en nada se parecen á esa libertad liberal, hija del error y engendradora de la tiranía, y por consiguiente de la esclavitud; á esa libertad incua, que ofrecen al pueblo, como verdadera panacea de sus desdichas, sus infames expoliadores; á esa libertad aniquiladora, que roba al pueblo hasta el aire que respira, envenenando su corazón con odios africanos, insultando su dignidad y envenenando su conciencia. Sépase de una vez, ya que tanto empeño existe por decir lo contrario de la verdad: el pueblo católico-monárquico, el pueblo español, odia al despotismo, como á tirano inundo y malvado; el pueblo católico no ha derramado torrentes de sangre generosa para arro-

jar sobre sus espaldas la infame coyunda de la esclavitud; el pueblo español sabe muy bien que nunca fué tan libre como cuando era gobernado por aquella realeza castiza y española, la más sólida garantía de todos sus derechos, la que prestaba culto ferviente y sincero á la doctrina salvadora, que nos dice que el hombre ha nacido libre, como imágen de Dios vivo, con derechos y deberes, y exige que sean respetados los nobilísimos atributos de su dignidad: por eso anhela volver á reconquistar lo que en mal hora perdió, y lo que necesita para proseguir su gloriosa y triunfal carrera al través de las edades. Por eso, si el egoísmo de los hombres ha tendido espeso velo sobre nuestras glorias nacionales, empeñándose en envilecer nuestro pasado, corromper nuestro carácter nacional y oscurecer el glorioso porvenir á que tiene derecho la Patria de Recaredo, unámonos en apretado haz cuantos sentimos palpitar en el fondo de nuestras almas el sentimiento que animó á los Pelayos, Alfonsos, Fernandos y Felipes; y deponiendo nuestras discordias bizantinas, con lo que daremos un día de regocijo á la Iglesia, que nos lo pide por sus entrañas maternas, abalancémonos sobre ese manto fúnebre que oculta á nuestras miradas la resplandeciente corona de Recaredo, desgárrémoslo en mil pedazos, y obliguemos al sol del mediodía á reflejar sus rayos soberanos sobre la cruz que coronó la frente de mil héroes, haciendo

reverdecer sus laureles inmortales, y gritando con todo el júbilo de nuestros corazones: *Por mi Dios, por mi Patria, por mi Rey.*

FIN

CENSURA

M. Iltre. Sr.

En cumplimiento de la comisión con que V. S. se dignó honrarme debo manifestar á V. S. que del detenido examen de la preciosa obra literaria, de que se trata en la presente instancia, no resulta nada contrario al dogma y moral cristianos. Según mi humilde parecer, salvo el muy ilustrado de V. S., es muy digna la tal obra de ser publicada.

Dios guarde á V. S. muchos años.

Barcelona, 6 de Mayo de 1890.

José JULIÁ, Pbro.

M. Iltre. Sr. Vicario General de la diócesis de Barcelona.

APROBACIÓN

Barcelona, ocho de Mayo de mil ochocientos noventa.—Vista la anterior favorable censura, concedemos permiso para que pueda imprimirse y publicarse la obra titulada *Recaredo y la Unidad Católica*, escrita por D. Modesto Fernandez Villaescusa.—El Vicario General, *Francisco de Pol.*—Por mandado de Su Señoría, *Dr. Jaime Bruguera*, Pbro., Secretario Cancelario.
